



Mircea Eliade y Ioan Petru Couliano (ed.)

DICCIONARIO DE LOS SÍMBOLOS

Prólogo

JACQUES VIDAL

Traducción del italiano

ROSER HOMAR



FRAGMENTA EDITORIAL





Título original *Dizionario dei simboli*

Publicado por FRAGMENTA EDITORIAL
Plaça del Nord, 4
08024 Barcelona
www.fragmenta.es
fragmenta@fragmenta.es

Colección FRAGMENTOS, 83

Primera edición JUNIO DEL 2022

Dirección editorial IGNASI MORETA
Producción gráfica ELISENDA SEVILLA I ALTÉS
Normalización de la terminología CÍNTIA PEÑA I RUÉ

Imagen de la cubierta «L'ànima», de Josep Maria Subirachs (1995)

Impresión y encuadernación ROMANYÀ VALLS, S. A.

© 1986-1993 EDITORIALE JACA BOOK SPA, MILANO
Encyclopedia of religion
Edited by Mircea Eliade

© 2017 EDITORIALE JACA BOOK SPA, MILANO
All rights reserved

© 2022 ROSER HOMAR
por la traducción

© 2021 JOSEP MARIA SUBIRACHS
VEGAP, BARCELONA
por la imagen de la cubierta

© 2022 FRAGMENTA EDITORIAL, S. L. U.
por esta edición

Depósito legal B. 20.430-2022
ISBN 978-84-17796-71-6

 Generalitat de Catalunya
Departament de Cultura



Esta obra ha contado con la colaboración de la Generalitat de Catalunya y ha recibido una ayuda del Ministerio de Cultura y Deporte

PRINTED IN SPAIN

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS



ÍNDICE

<i>Descubriendo el símbolo</i> , Jacques Vidal	9
Mensaje del símbolo	9
<i>Símbolo y apertura</i>	9
<i>Símbolo y alianza</i>	12
<i>Símbolo y misterio</i>	14
<i>Símbolo y contemplación</i>	14
La dinámica del símbolo	16
<i>Símbolo e imagen</i>	16
<i>Imágenes corrientes</i>	18
<i>Imágenes primordiales: los arquetipos</i>	22
<i>El significado de las imágenes</i>	25
Bibliografía	28
Agua	30
Águilas y halcones	53
Alimentación	56
Ancla	76
Animales	79
Árbol	85
Astrología	100
<i>Axis mundi</i>	112
Bebida	116
Bendición	128
Búhos y lechuzas	148

Caballo	152
Cabellos	167
Casa	179
Caverna	184
Cenizas	199
Centro del mundo	202
Cielo (hierofanías celestes)	217
Cielo (mitos y símbolos)	224
Círculo	239
Cisne	251
Colores	254
Corazón	262
Corona	272
Cruz	275
Cuernos	307
Cuerpo humano	311
Danza	329
Derecha e izquierda	355
Desierto	362
Diamante	366
Don	370
Dragón	376
Duplicidad	391
Elefante	394
Elixir	398
Enigmas y paradojas	403
Erizos y puercoespines	421
Espada	424
Espejo	429
Espujo	438
Estrellas	441

Flor	456
Fuego	467
Fuente	486
Gallo	490
Gato	492
Hada	496
Huesos	508
Huevos	513
Incienso	518
Insectos	524
Jade	529
Jaguar	533
Jardín	535
Joyas	543
Juego y competición	549
Laberinto	565
Lágrimas	575
León	580
Levadura	584
Llave	588
Lluvia	591
Lobo	598
Luz y tiniebla	604
Luna	614
Mano	633
Mono	641
Montaña	645
Muchacho	652

Números	661
Oro y plata	683
Ovejas y cabras	688
Pájaros	694
Peces	702
Peregrinación	707
Perla	717
Perro	721
Piedras	727
Pies	740
Portal	743
Puente	750
Ranas y sapos	754
Redes y velos	757
Ruido y percusión	760
Sal	771
Señales y alteraciones corporales	775
Serpiente	789
Sol	803
Sueño	834
Tabú	842
Tejidos	852
Tierra	868
Torres	879
Tortugas	883
Tótem	886
Vegetación	897
Voto y juramento	915
Vuelo	929

DESCUBRIENDO EL SÍMBOLO

Jacques Vidal

MENSAJE DEL SÍMBOLO

PARTAMOS A DESCUBRIR el símbolo e intentemos percibir su mensaje. Podemos decir que la experiencia simbólica atañe profundamente al hombre; le permite abrirse, contraer una alianza, descubrir el misterio y la contemplación.

Símbolo y apertura

André Lalande redactó *Le vocabulaire critique et technique de la philosophie*. En el artículo *símbolo* afirma: «El símbolo es cualquier signo concreto que evoque, en una relación natural, algo ausente o que es imposible percibir.»

La eficacia de esta definición reside en su claridad, en su sobriedad, y pone el acento antes que nada en la palabra *signo*. Todo símbolo es un signo. Si un símbolo está vivo, lo está precisamente porque hace de signo; pero en la vida existe una gran cantidad de signos. André Lalande señala enseguida la propiedad del símbolo: es concreto («todo signo [es] concreto»). Es un signo concreto, no un signo abstracto; no es una alegoría, es una realidad. El cielo, el sol, la luna, la tierra, el árbol, el animal, el hombre, la mujer son



símbolos. He aquí signos concretos que tienen toda la fuerza de la concreción.

«Cualquier signo concreto que evoque.» Se trata de un signo que se abre, un signo que conduce a otra cosa; evoca, es decir, llama con la propia voz. ¿Qué significa en nuestras lenguas románicas el verbo *evocar*? *Ex vocare, ex vox; vox* en latín es la voz, y *ex* es el movimiento de salida. Sale, pues, de sí mismo como una voz imperceptible a los oídos físicos, pero perceptible para nuestro espíritu. Hay una voz que conduce o que llama a otra cosa: evoca. «En una relación natural.» Esta es también una indicación preciosa. El símbolo no es artificial, el símbolo no es convencional. En la vida moderna, tanto vosotros como yo estamos rodeados de signos artificiales y convencionales. Un letrero me indica algo que, sin embargo, no está en el letrero, me muestra otra cosa. Los semáforos en rojo o en verde de nuestros cruces son signos convencionales. En nuestra vida urbana nos bombardean con señales, pero estas señales no son símbolos por el motivo que ya hemos apuntado: el símbolo conduce de forma natural, y aquello a lo que conduce se encuentra ya presente en él.

El símbolo ya da lo que señala, aunque no del todo. En otras palabras, hay un vínculo intrínseco entre el signo y lo que este indica, entre el significante y el significado, para emplear esta vez el lenguaje de la lingüística.

En cambio, no se dan vínculos intrínsecos en los signos convencionales, artificiales, arbitrarios. Por ejemplo, no hay ninguna relación natural entre el letrero y las elecciones. La mayoría de los letreros que «invaden» nuestras calles señalan eventos como las elecciones, pero no se produce donación alguna de las elecciones. Se trata de una simple indicación, como un dedo índice. Con el índice puedo señalar, pero no soy lo que señalo, no hay ningún vínculo natural que, en cambio, sí percibimos cuando el signo se convierte en donación. Esta distinción es importante, se trata de una cuestión de vocabulario que probablemente volvamos a encontrar aquí y allí.



En el primer capítulo de *L'imagination symbolique*, Gilbert Duran pone orden entre los signos, las alegorías, los emblemas y los símbolos, y subraya esta connaturalidad del símbolo con lo que se representa: «Algo ausente o que es imposible de percibir.»

Otra vez la definición está bien encontrada. André Lalande elaboraba de forma muy rigurosa el propio lenguaje. Si se percibe la ausencia es porque ya existe la presencia. ¿Cómo puedo saber yo que mi amigo se encuentra ausente si no sé que él está siempre presente en cuanto amigo mío que es? Así, el signo señala una ausencia que connota, sin embargo, una experiencia de presencia. Solo puedo percibir la ausencia de aquellos cuya presencia he constatado previamente; de otro modo, simplemente no existen. En cambio, aquí nos damos cuenta de que se constata una ausencia, porque el símbolo es portador de la cualidad de presencia.

El símbolo uránico —para adentrarnos ya en los grandes símbolos— es una experiencia de vacío, una experiencia de ausencia. Es la más grande experiencia de ausencia comparable a la inmensidad del cielo y, al mismo tiempo, mediante la ausencia, anuncia una formidable presencia. La categoría de ausencia, cuando el signo es un símbolo, es inseparable, indisociable, de la categoría de amor. Si puedo decir que se trata de algo ausente es precisamente porque ya conozco el sabor de la presencia.

Se podría haber añadido —pero estos autores laicos, que a menudo son filósofos de profesión, no pueden hacerlo— que esta dimensión de presencia-ausencia o de ausencia-presencia es una dimensión religiosa. Es el aspecto religioso del símbolo, con la condición de que el término *religión* se considere en el sentido más amplio. El símbolo sería un componente religioso de la condición humana que se uniría a lo esencial.

Se trata de una experiencia religiosa. Y en este sentido, afrontamos por primera vez, y a propósito del símbolo uránico en particular, el componente religioso del símbolo. No hay ningún símbolo que de algún modo no sea religioso, pero debemos precisar



de inmediato: no porque las religiones necesiten el símbolo, sino porque el símbolo es portador de un anhelo religioso a menudo más amplio que el modo en que las religiones ponen en práctica la religión misma. Una prueba de esto se halla sobre todo en el hecho de que las grandes religiones se abren a místicos que no pueden hacer otra cosa que, a fin de cuentas, explicarse mediante un lenguaje simbólico.

Esto equivale a decir que el símbolo, en tanto que es religioso, es también la superación de las religiones. En este punto, pues, deseo evocar un nivel de reflexión que se encuentra en relación natural con todo lo que vamos trazando, aunque brevemente, a propósito de esta primera noción de símbolo, clara, vigorosa, sobria, dinámica, discreta. Hay una dimensión religiosa, no excluyente, y que no se especifica simplemente como tal. Si vuestro entendimiento es capaz de simbolizar, nunca está cerrado. Siempre que no hagáis ruido, es penetrado por una presencia.

Georges Morel da una definición distinta a la afirmación de André Lalande. Escribió tres magníficos volúmenes sobre *Le sens de l'existence selon saint Jean de la Croix*, a saber: *Problématique, Logique, Symbolique*. Me inspiró en el tercer volumen, donde encuentro esta breve fórmula: «El símbolo lleva intrínseco tanto el significado como el camino» (p. 40).

El símbolo no es solo un significado, pues sería un signo artificial, convencional. El símbolo es algo más que un signo, porque es ya de por sí un camino hacia lo que señala. Es lo que hemos llamado el vínculo intrínseco.

Símbolo y alianza

Tomo prestada la siguiente definición de Edmond Ortigues, de su obra *Le discours et le symbole*: «El símbolo es un objeto partido en dos y dividido entre dos socios aliados que conservan cada uno su



parte y la transmiten a sus descendientes, de modo que dichos elementos complementarios, una vez se vuelven a acercar, permiten el reconocimiento de sus descendientes y constituyen una prueba de su alianza» (p. 60).

El relato de Tobías ilustra esta definición: «El símbolo es un objeto partido en dos.» Hay una ruptura. El símbolo no escatima lo trágico. Vivimos en un mundo partido, erosionado, con grietas por doquier. Es un mundo despedazado. El símbolo tiene en cuenta esta ruptura. Comprenderla será difícil, será una prueba.

La rotura sería insoportable si, además, no se considerara posible la alianza. Si lo estimamos con precisión, la ruptura solo puede ser superada mediante la alianza con el universo, con los hombres, con lo Divino, última grandeza de esta alianza. La lógica racional insiste en la distinción y hace balance de una ruptura, de una fractura. La distinción que separa es el análisis; la distinción que une, la síntesis. La capacidad de la razón toma en consideración las fracturas y las supera en la síntesis. La síntesis reclama una antítesis; y, acto seguido, cabe buscar otra síntesis, y así sucesivamente. Se va de síntesis en síntesis sobre la base de la ruptura, que es la oposición entre tesis y antítesis.

La lógica de los símbolos es otra. El símbolo celebra una alianza. En los horizontes de nuestra condición humana descubrimos la certeza de poder reconciliarnos todos si así lo deseamos. En la medida en que el espíritu es capaz de comprender, el ser humano está unido a la totalidad para realizar la unidad. Una voz llega de lo sagrado, del Completamente Otro; este Completamente Otro, de quien sé que el otro procede, me ha dado el poder de recuperar el mundo en la unidad.

El símbolo nos dice: «Si quieres, puedes realizar la unidad del mundo. [...] Las religiones te mostrarán el camino.»

El símbolo nos permite comprender una lección trágica, retomada en una lección de optimismo. Tobías, el hijo, se puso en camino con su mitad del documento; este ponerse en camino es



el camino del símbolo. Un ángel (consistencia de lo invisible) llamado Rafael (que significa 'sanador') lo acompaña. La experiencia del símbolo es sanadora. Sara, su futura esposa, será el símbolo de la alianza (símbolo nupcial).

Símbolo y misterio

En *L'imagination symbolique*, Gilbert Durand escribió: «El símbolo es una representación simbólica que hace emerger un significado secreto, es la epifanía de un misterio» (p. 13). Aquí se lleva al límite la capacidad expresiva de una lengua. Lo contiene, pero en un más allá. Sin embargo, contiene el símbolo porque hace pensar en él, pero no es tratado del modo habitual.

«El símbolo encierra un contenido en un más allá» (p. 17), en la categoría de horizonte que está siempre más allá. Cuando veo el horizonte, aunque sea el de París, lo contengo, aunque se encuentra siempre más allá. Por más que avance hacia él, nunca dejará de alejarse. Del mismo modo, el contenido del símbolo se encuentra siempre más allá. Quizás podáis ver lo que quiere decir el autor: él descubre un mensaje inmanente de trascendencia.

Símbolo y contemplación

En 1970, en el libro *Aux frontières de la religion et de la science*, se publicaron una serie de artículos de Paul Tillich, un protestante de origen alemán emigrado a los Estados Unidos. El título se explica porque a Paul Tillich le encantaba definirse como un hombre de fronteras, expresión con la que quería señalar lo que nosotros hemos designado con el término *horizonte*. Para superar de modo oportuno las fronteras entre religión y ciencia, que sin embargo conviene tener identificadas, quiso recurrir al símbolo; he aquí su fórmula: «El



verdadero símbolo no es un signo escogido arbitrariamente; remite más allá de sí mismo, se ofrece a la contemplación, tiene una potencia intrínseca y una dimensión comunitaria. Es esencial para la vida religiosa de la cual es instrumento indispensable de expresión.»

Lo novedoso de la fórmula de este teólogo es la introducción del término *contemplación*. Esta dimensión de la *contemplación* nos interroga, hoy por hoy, sobre todo a nosotros, los cristianos.

Juan Pablo II invitó a los cristianos a ser contemplativos expertos en humanidad, lo que significa que es necesario que se esfuercen por conocer bien las profundidades del ser humano.

Se trata, pues, de algo semejante a una democratización de la contemplación en el pueblo de Dios. En los decenios precedentes hemos tomado quizás un poco a la ligera la costumbre de endosar la contemplación a los contemplativos. Para cada miembro del pueblo de Dios, la contemplación es una realización esencial de su acto de fe. Si no sabemos utilizar el símbolo, nos las apañamos mal, porque el entendimiento y la vida contemplativa se expresan y se desarrollan mediante el uso del símbolo.

La reflexión de Paul Tillich es, pues, un aspecto original, y de todo actual: los símbolos educan para la vida contemplativa, y esta parece indispensable para los cristianos de hoy en día.

Michel de Certeau también centró su investigación en la mística, una investigación decididamente interesante.

Él quería captar en el mundo contemporáneo:

- las formas marginalizadas de la mística;
- las periferias de la mística.

Descubrió, además muy rápidamente, que la mística no podía vivir sin un lenguaje que superase el lenguaje racional: el lenguaje simbólico. Se centró primero en las fábulas y publicó un libro titulado *La fable mystique*. Más tarde, se centró en un análisis más preciso del símbolo.



Para rendirle homenaje, puesto que nos dejó en 1986, he retenido esta fórmula, de la que, sin embargo, no tengo referencias bibliográficas: «El símbolo, lo impensable entre dos términos.» ¡Es excelente! Es un impensable, si por pensamiento entendemos el pensamiento racional, pero es un impensable completamente sobrio, porque lo es entre dos términos. Y si lo es entre dos términos, es también pensado de otra forma, que es precisamente la forma del símbolo. El símbolo permite pensar mejor lo que es impensable para el hombre, lo que nosotros entendemos con la palabra *Dios*. Dios es un impensable entre dos términos; si estos se convierten en motivo de una alianza, constituyen un encuentro vivo con este impensable.

LA DINÁMICA DEL SÍMBOLO

Examinemos ahora la dinámica del símbolo y distingamos sus funciones biológicas, psicogénicas, antropofánicas.

Símbolo e imagen

El símbolo es vivificador, produce aliento, vida. El psicólogo C. G. Jung escribió que todo símbolo es en definitiva un «cuerpo viviente» que aporta un suplemento de vida en favor de la experiencia simbólica, y que se encuentra, a su vez, vinculado a un suplemento de cuerpo.

El símbolo permanece vivo gracias a su vínculo con una imagen. Mircea Eliade, en *Man and his symbols (El hombre y sus símbolos)*, recuerda que «el símbolo no funciona en objetos, sino en imágenes». En otras palabras, comenzamos a abrir los espacios de la existencia simbólica cuando las realidades que nos rodean o las que habitan en nosotros dejan de ser objetos y se convierten en imágenes. Se pasa



del objeto a la imagen en el momento en que despunta la experiencia simbólica.

¿Cuál es la ventaja de una obra dinámica como esta que empezaría, pues, con el paso del objeto a la imagen? ¿En qué medida ganamos vitalidad cuando dejamos de considerar las realidades externas o las internas como objetos y empezamos a considerarlas imágenes? He aquí una de las cuestiones que Gaston Bachelard estudió a fondo. Él nos hace notar que la imagen introduce un concepto de unidad y un concepto de totalidad.

Esto significa que, cuando una realidad, considerada como objeto, pasa a entenderse como imagen, adquiere ductilidad y dinamismo. El objeto pasa a ser al mismo tiempo principio de unidad y de totalidad. Puede remitir a cualquier cosa de su entorno: la imagen resplandece, el objeto es fijo.

Esto es lo que ha jugado un papel tan relevante en nuestra cultura occidental, sobre todo durante el periodo del llamado *positivismo*, en el que el objeto se convirtió en fijador, refrigerador: se enfrió. Los objetos de nuestros pensamientos suponen, bien entendido, un pensamiento lúcido —es la ventaja de la lógica racional—, pero también un pensamiento frío en el proyecto determinado por su autonomía sintética.

Si aquellas mismas realidades que hemos llamado objetos empiezan a funcionar como imágenes, adquieren ductilidad y apertura. Están dotadas de una cierta libertad, libertad que percibimos también porque la imagen ya no es en absoluto fija como sí lo era el objeto. La imagen remite a otra cosa, no es solo un objeto según su significado etimológico: aquello que se proyecta delante de nosotros. Constituye una realidad invitadora, que invita, es una forma de invitación. Puedo mirar el sol como un objeto y, entonces, lo olvidaré enseguida. Desde el momento en que comienzo a mirarlo y a vivirlo como una imagen, es una invitación a ir más allá. Esta invitación tiene dos ejes dinámicos: alcanzar el centro de la luz del sol y, a partir de este centro de luz, sacar be-



neficio de la luz para todos los objetos contemplados. Es un concepto de unidad y de totalidad, o se trata quizás de una función de expansión.

Es un vocabulario que Gaston Bachelard utiliza también para señalar la importancia de esta disposición de la conciencia o del espíritu, cuando estamos atentos a la transformación de los objetos en imágenes. En el mismo instante, se produce una especie de revitalización preparatoria: el símbolo revitaliza en función de su vínculo con las imágenes corrientes; con las imágenes primordiales, suscita, sin embargo, un significado.

Imágenes corrientes

Podríamos ilustrar esto con la imagen de la estrella. Tomo la del sol. El Sol es una estrella; nos es cercano, es nuestra estrella. Tomamos en consideración las estrellas más alejadas, porque actúan ya como objetos, ya como imágenes, y a este respecto resultan más elocuentes. Nos anuncian que en alguna parte hay una fuente, una luz y la acción de dicha luz. Nos hacen sentir que la luz es una conquista, no el mero hecho de una pasividad. Nosotros no solo recibimos la luz de la estrella y la luz del sol; tanto en un caso como en el otro, tenemos que transformar la luz recibida en energía, y esta, a su vez, debe llevarnos a la acción. En esto, el símbolo tiene un papel revitalizante.

Algunos autores (Jean Chevalier, *Dictionnaire des symboles*, artículo *Sol*) ilustran esta función vivificadora, biologizante del símbolo del sol con la expresión *psicopompa*: «El sol es quien puede guiar las almas a través de las regiones infernales y reconducirlas al día siguiente, con la llegada del día, a la luz. Función ambivalente de psicopompa sanguinolenta y de hierofanía iniciática. [...] El sol genera y devora a sus propios hijos, dicen las Upanishads» (p. 891). El sol mata y activa las energías del ser humano.



Al fin y al cabo, el símbolo despierta en nosotros la energía en el sentido de que, al dejar de tomar en consideración los objetos, empezamos a vivirlos como imágenes.

En mi infancia, me impresionó muchísimo el libro de Guy de Larigaudie que lleva por título *L'étoile au grand large* y que evoca el concepto de totalidad, al mismo tiempo que el de unidad. Se dice que: «No alcanzaremos la totalidad si no sabemos unificarnos en profundidad.» Se explicita aquí un conflicto dinámico, y advertimos que asumirá un papel importante en la elaboración del símbolo.

Este conflicto es idéntico al vivido por la lógica de la razón. Pero la lógica de la razón lo vive de una forma distinta. La potencia de los conceptos del espíritu intenta reconciliar la unidad y la totalidad: ser yo mismo y, al mismo tiempo, ser otro. ¿Acaso no es esto lo que todo corazón humano tiene en común, y lo que las imágenes empiezan a anunciar cuando permitimos que actúe este dinamismo combinado de exigencia de unidad y de totalidad?

En este sentido, muchos autores han añadido —y son metáforas iluminadoras— que la imagen «respira». «Inspira», es decir tiene inspiración en la medida que recuerda esta unidad; y «expira», tiene una expiración en la medida que remite a la totalidad. Vivir una imagen es respirar el universo y es respirar al ser humano. Está más allá de la respiración física de nuestro cuerpo, pero se trata de un más allá unido dinámicamente. Existe una correlación con la condición de que la imagen viva realmente y como símbolo.

Así pues, podemos, si lo deseáis, ilustrar y quizás comprender mejor esta propuesta del apóstol Pablo: «La creación espera la revelación de los hijos de Dios» (Rm 8,19). Esta liberación comienza en la medida en que las realidades que nos rodean ya no son objetos como en la lógica racional. Entonces, comenzamos a transformar correlativamente estos objetos en imágenes y a descubrir que estas imágenes respiran como respira el cuerpo humano.



De este modo, se puede intentar dar vida a cierto número de imágenes. He pensado retomar junto con vosotros el pasaje de uno de los libros más bonitos de Nietzsche, *Así habló Zaratustra*. Este libro comienza con una transposición de símbolos en imágenes. Es muy evidente. Zaratustra se presenta desde el inicio con dos imágenes animales: el águila y la serpiente. Estas imágenes son prodigiosas, no son de ningún modo objetos, ¡no es posible! Y si me preguntáis por qué, os responderé: porque el hombre se encuentra ya puesto entre las imágenes animales de la serpiente y el águila. Estos tres objetos se convierten en tres imágenes en el principio de liberación o de funcionamiento fundamental. Así pues, el águila y la serpiente solo tienen significado para el hombre. Además, se dice en el prólogo: «Cuando Zaratustra tenía treinta años, dejó su patria y el lago de su patria y se dirigió a la cima de la montaña» (p. 53).

¡Qué imágenes y qué simbolismos! ¿Qué otra cosa es la patria sino el lugar de mi tranquilidad como lo es la superficie quieta del lago? Pero Nietzsche añade su patria y el lago de su patria, es un plus, es decir, aquello que me resulta familiar. Hay, pues, aquí una afirmación que podemos llamar de tipo objetivo. Las palabras mismas se convierten en imágenes y símbolos; una lógica simbólica, que no es exclusiva de la lógica racional, empieza a organizarse. Reposa en ella, pero añade este tipo de experiencia que evocaremos y que podrá seguir diciéndonos —más explícita y sencillamente— que este es el lago de mi conciencia cuando está calmada. Está en casa cuando no emprendo aventuras. El día en que emprendo una aventura, entonces, dejo el lago de mi conciencia, ¡esto es el modo en que me relaciono con mis objetos interiores y los vínculos que establezco con toda la realidad que me rodea! Entonces, pues, la imagen y el símbolo están ya —y tendremos ocasión de decirlo— «preñados», es decir, llenos de fuerza. La fuerza es grande y el lenguaje se abre. Somos «biologizados» o «vivificados» por la acción de estos símbolos. «Y se dirigió a la

